

DEBBIE
MACOMBER

Bienvenidos al hostal
de la felicidad

Traducción:

ISABEL MURILLO



MAEVA

*Para Peter y Maureen Kleinknecht, nuestros divertidos
amigos de Florida. Por el vino, el golf,
las historias y la amistad.*

Agosto de 2013

Queridos amigos:

Bienvenidos a la segunda entrega de la serie dedicada al hostel Rose Harbor. Jo Marie está encantada de ponerlos al corriente de todo lo que está pasando en el hostel. Esta vez, el hostel está completo y tendréis el placer de conocer a Kent y Julie Shivers, que han ido a celebrar sus bodas de oro, aunque el problema es que no se llevan nada bien.

Su nieta está intentando actuar como mediadora entre ellos y, a la vez, tiene que lidiar con su antiguo vecino, que en su día se mostraba insoportable con ella, pero que ahora parece verla con otros ojos. Y luego está Mary Smith...

Pero esperad, estoy adelantándome. Es lo que nos pasa a los novelistas. Nos enamoramos de nuestras historias y de nuestros personajes, y acabamos revelando toda la trama.

Yo lo que de verdad quiero es que en el hostel os sintáis como en casa. Jo Marie está preparando galletas para ese guateque del cual ya empieza a arrepentirse... Cuidado, ya estoy anticipándome otra vez. Y luego está el manitas, Mark, que... Bueno, se acabó. No pienso pronunciar ni una palabra más. Dejaré que seáis vosotros los que paséis la página y empecéis a leer.

Y ahora, por favor, tomad asiento y relajaos. Prometo no revelar nada más. Todo el mundo en Cedar Cove está impaciente por ponerlos al corriente de lo que ha sucedido, que, como siempre, es mucho y variado.

Otra cosa que les encanta a los escritores es conocer la opinión de sus lectores. Me gustaría mucho saber qué pensáis. Podéis contactar conmigo de muchas maneras. Una de ellas es a través de mi página web: www.debbiemacomber.com. Otra es Facebook. Me encantaría recibir noticias vuestras.

Con todo mi cariño,
Debbie Macomber

Capítulo 1

Rose Harbor estaba en flor. Rododendros morados y azaleas rojas salpicaban el jardín. Salí al porche, apoyé la espalda en una columna de madera blanca y contemplé la parcela que ocupaba mi hostel. El nombre, *Hostal Rose Harbor*, estaba delicadamente escrito en el tablón que ocupaba un lugar destacado en el jardín, y junto a él, en calidad de propietaria, aparecía el mío: «Jo Marie Rose».

Jamás me había planteado ser propietaria de un hostel, ni siquiera gestionar uno. Aunque tampoco esperaba quedarme viuda con poco más de treinta años. Si algo había aprendido a lo largo de este viaje llamado vida, es que a menudo te tropiezas con giros inesperados que te desvían del camino que en su día te había parecido el más correcto. Mis amigos me aconsejaron que no comprase el hostel. Lo consideraban un paso demasiado drástico: significaba mucho más que cambiarme de casa y de trabajo; significaba un cambio completo de vida. Muchos eran de la opinión de que debía esperar a que transcurriera al menos un año desde el fallecimiento de Paul. Pero mis amigos se equivocaban. En el hostel encontré la paz y, sorprendentemente, también una cierta alegría.

Antes de adquirir el hostel, vivía en un apartamento en el centro de Seattle. Debido a mi trabajo y a mis responsabilidades nunca había tenido mascotas, excepto de pequeña. Pero poco después de mudarme a Cedar Cove, me hice con *Rover*. En cuestión de pocos meses, me encariñé terriblemente de él y se convirtió en mi sombra, en mi compañero inseparable.

A *Rover* lo encontré a través de Grace Harding, la bibliotecaria de Cedar Cove. Grace trabajaba como voluntaria en la protectora de animales y me recomendó adoptar un perro. Me habría gustado un pastor alemán, pero volví a casa con un chuchito de raza desconocida y pelo corto. En el refugio le habían puesto el nombre de *Rover* porque era evidente que había sido un trotamundos y llevaba un buen tiempo abandonado.

Mis cavilaciones se vieron interrumpidas por un refunfuño procedente de la zona donde tenía pensado plantar una rosalada y, con el tiempo, instalar también un cenador. El sonido lo había emitido Mark Taylor, el manitas que había contratado para que me construyese el rótulo del jardín de la entrada.

Mark era un personaje interesante. Le había encargado ya muchos trabajos, pero aún no tenía claro si él me consideraba su amiga. Prácticamente siempre se comportaba como un amigo, pero de vez en cuando se transformaba en un cascarrabias, un antipático, un gruñón, un terco... La lista era interminable.

—¿Qué pasa? —grité.

—Nada —rugió a modo de respuesta.

Por lo visto, el monstruo malhumorado estaba de vuelta.

Meses atrás le había pedido a Mark que cavara una buena parte del jardín para montar allí la rosalada. Me había dicho que el proyecto ocuparía un lugar discreto en su lista de prioridades. Yo tenía la impresión de que trabajaba en ello solo cuando le apetecía, lo cual por desgracia no era muy a menudo, pero siempre pensé que encontraría huecos entre los demás proyectos que le había encargado y que en un par de meses lo tendría listo. Para ser justos con Mark, había que reconocer que el invierno había sido duro, pero lo cierto es que mis expectativas no se habían cumplido. Me habría gustado que los rosales estuvieran plantados a esas alturas. Y esperaba asimismo haber tenido el jardín en flor para la jornada de puertas abiertas que tenía pensado ofrecer a la Cámara de Comercio de Cedar Cove. El problema, o al menos uno de ellos, era que Mark era un perfeccionista. Solo tomar medidas del jardín debía de haberle llevado una semana entera. Parcelar con cuerda y marcar adecuadamente con tiza la zona

comprendida entre un extremo y otro del césped recién cortado, una semana más. Sí, Mark había insistido en cortar el césped antes de tomar medidas.

Normalmente, no soy una mujer impaciente, pero todo tiene un límite. Mark era un manitas extremadamente habilitado. No había encontrado todavía nada que no fuera capaz de hacer. Era una especie de chico para todo, y me sentía afortunada por tenerlo a mi servicio: a medida que pasaba el tiempo, encontraba más y más trabajos que requerían su atención.

Como era nueva en el negocio y, además, bastante patosa, necesitaba alguien en quien confiar para llevar a cabo las pequeñas reparaciones. Como resultado de ello, los planes de la rosaleda habían quedado relegados a un segundo plano. Al ritmo que trabajaba Mark, ya me había resignado al hecho de que era imposible que todo estuviera listo antes del domingo por la tarde.

Se enderezó y se secó la frente con el antebrazo. Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que yo seguía observándolo desde el porche.

—¿Piensas volver a quejarte? —dijo.

—No he dicho palabra.

Había captado su malhumor y me mordí la lengua antes de decir cualquier cosa que lo pudiera enojar. A Mark le bastaba con una palabra desdeñosa por mi parte para tener excusa suficiente para ausentarse durante lo que quedaba de día.

—No te hace falta decir nada —refunfuñó Mark—. Yo también sé leer las malas caras.

Rover levantó la cabeza al percibir el tono insatisfecho de Mark y luego me miró, como si esperara de mí que fuera a devolverle la volea verbal. No pude evitar sentirme decepcionada, y me habría resultado muy fácil seguir la conversación con unas pocas palabras bien escogidas. Pero sonreí dulcemente, decidida a contener mi verborrea. Lo único que podía decir era que me sentía afortunada de que Mark cobrase por proyectos y no por horas.

—Di qué piensas —insistió él.

—Pienso que te he dicho que me gustaría tener la rosaleta plantada antes de la jornada de puertas abiertas —repliqué, esforzándome por disimular la frustración.

—En ese caso, tendrías que habérmelo mencionado antes —me espetó.

—Lo hice.

—Pues es evidente que se me pasó por alto.

—Bueno, ahora no te mosquees.

No merecía la pena pelearse por ello a esas alturas. Las invitaciones ya estaban enviadas, y el acto, estuviera todo listo o no, estaba programado para el fin de semana. Sería un auténtico milagro que Mark tuviera el trabajo terminado a tiempo. Ya no tenía sentido enfadarse por eso.

De hecho, yo era tan culpable como Mark de aquel retraso. Muchas veces, antes de que se pusiera a trabajar, lo invitaba a un café. Y es que había descubierto que era un hombre tan interesante como quisquilloso. Tal vez lo más sorprendente de todo era que se había convertido en uno de mis mejores amigos en Cedar Cove, y, en consecuencia, me apetecía averiguar todo lo posible sobre él. El problema es que no era muy hablador. Había aprendido más cosas de él jugando al Scrabble que charlando. Por ejemplo, que era inteligente y competitivo, y que poseía un vocabulario enorme.

Incluso ahora, después de cinco meses, evitaba las preguntas y nunca hablaba de temas personales. No sabía ni si se había casado alguna vez ni si tenía familia en la región. A pesar de todas nuestras conversaciones, la mayoría de cosas que conocía de él era por deducción propia. Vivía solo. No le gustaba hablar por teléfono y era goloso. Era un perfeccionista y se tomaba los proyectos con calma. Ese era el resumen de todo lo que había averiguado acerca de un hombre al que veía como media cuatro o cinco veces a la semana. Me daba la sensación de que le gustaba charlar conmigo, pero no quería llevarme a engaño. Lo que le interesaba de mí no era ni mi ingenio ni mis encantos, sino las galletas que a menudo acompañaban las visitas. De no haber sido por mi curiosidad sobre su persona, lo más probable

es que se hubiera ido siempre directo a trabajar. En cualquier caso, de ahora en adelante estaría demasiado ocupada para continuar con lo que yo llamaba «nuestra pausa para el café».

Sin dejar de refunfuñar, Mark continuó cavando en la hierba y acumulándola en perfectos montones alrededor de la zona despejada. Cortaba cada sección como si fueran porciones exactas de un pastel de boda.

A pesar de mi frustración por el retraso y de su conducta puntillosa, seguí apoyada en la columna del porche viéndolo trabajar. Hacía un día luminoso y soleado, y no pensaba desperdiciar la oportunidad. Limpiar los cristales, sobre todo los del exterior, era una de las tareas que menos me gustaba, pero había que hacerlo. Y decidí que no había mejor momento que aquel.

El agua caliente se había quedado tibia cuando sumergí la esponja en el cubo de plástico. Levanté la vista hacia las ventanas más altas, solté aire y arrastré la escalera hasta la pared lateral de la casa. Si Paul estuviera vivo, pensé, habría sido él quien se hubiera encaramado a la escalera. Meneé la cabeza para recordarme que, si Paul estuviera vivo, ni yo sería propietaria de aquel hotel ni estaría viviendo ahora en Cedar Cove.

A veces me preguntaba si Paul reconocería a la mujer en que me había transformado a lo largo del último año. Ahora tenía el pelo mucho más largo, aunque seguía siendo grueso y oscuro. La mayoría de las veces lo llevaba recogido en la nuca con una goma elástica. Siempre me había peinado con un estilo de lo más profesional para ir a la oficina, pero el cabello me había crecido hasta tal punto que, cuando me lo dejaba suelto, los rizos me acariciaban los hombros.

Mark, que prácticamente nunca hacía comentarios sobre nada, me dijo un día que tenía aspecto de adolescente. Lo tomé como un cumplido, aunque estaba segura de que no era su intención. Dudaba que Mark frecuentara mucho la compañía femenina, puesto que era capaz de hacer comentarios de lo más

grosero y quedarse tan ancho, como si ni siquiera fuera consciente de lo que había dicho.

El peinado no era el único cambio que había sufrido mi aspecto. También habían desaparecido los pulcros trajes de chaqueta, las faldas tubo y las americanas ceñidas que eran el uniforme habitual para el puesto que ocupaba en el banco. Últimamente vestía casi siempre con vaqueros y jersey, y por encima, un delantal de cocinera. Una de las sorpresas que me produjo ser propietaria de un hostel fue descubrir lo mucho que me gustaba la cocina. A menudo pasaba las mañanas allí preparando grandes cantidades de comida. Hasta que adquirí el hostel, nunca había tenido muchas oportunidades de preparar platos sofisticados. Pero últimamente me cautivaba tanto leer un libro de recetas como leer un éxito de ventas de la lista del *New York Times*. Preparar cosas al horno me distrae y me sirve para tener algo con que obsequiar a media tarde a mis huéspedes, desde maravillosas magdalenas hasta panes caseros que reservo para servir con orgullo a la hora del desayuno. Engordé algún kilillo con tantas exquisiteces, pese a que estaba intentado perder peso. Por suerte, seguía entrando en mis vaqueros favoritos.

Había días en los que me preguntaba si Paul reconocería a mi nuevo yo, en parte porque a veces ni siquiera yo misma lograba hacerlo. Había cambiado, y supongo que era un proceso natural. Al fin y al cabo, mi mundo había dado un giro de trescientos sesenta grados.

Después de sumergir la esponja en agua jabonosa, subí los tres primeros peldaños de la escalera dispuesta a eliminar la capa de polvo y porquería acumulada en los cristales a lo largo de varios meses. Arrugué la nariz al aspirar el olor acre del vinagre, que era lo que mi madre me había recomendado para limpiarlos. Por desgracia, no había tomado nota de las proporciones y, viendo que el cubo era grande, había vertido media botella en el agua caliente. En aquel momento, el cubo olía como un frasco de encurtidos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Mark desde el otro lado del jardín.

—¿Y a ti qué te parece? —repliqué, decidida a no contagiarme de su mal humor. Ser amiga de Mark exigía una dosis importante de paciencia.

Clavó la horca en la hierba y cruzó el césped en dirección a mí, caminando como el soldado que se dirige a la batalla. Tenía el entrecejo fruncido.

—Baja de ahí.

Me mantuve inmóvil en el tercer peldaño.

—¿Perdón? —dije, pensando que aquello tenía que ser una broma.

—Ya me has oído.

Lo miré con incredulidad. No pensaba permitir, de ninguna manera, que Mark dictase lo que podía y no podía hacer en mi propiedad.

—Estas escaleras son peligrosas —dijo, cerrando las manos en puños y llevándoselas a las caderas.

Le hice caso omiso, subí un peldaño más y empecé a limpiar el cristal de la ventana.

—¿No sabes que el sesenta por ciento de los accidentes domésticos se producen como consecuencia de caídas de escaleras?

—No estaba al corriente, pero lo que sí sé es que el sesenta por ciento de las estadísticas son pura improvisación.

Pensé que mi réplica le haría gracia. Pero no. Si acaso, sirvió para que frunciera más el entrecejo y su expresión se volviera más sombría.

—No deberías estar ahí arriba. Por el amor de Dios, Jo Marie, sé sensata.

—¿Yo? —Si alguien era un insensato, era Mark.

—Estar ahí arriba es peligroso.

—¿Sugieres que utilice una red de seguridad? —dije, puesto que hablaba como si yo estuviera paseándome por el alféizar de una ventana de la planta cincuenta y nueve de un edificio de sesenta plantas, cuando ni siquiera estaba en lo más alto de una escalera de mano.

Mark no respondió a mi pregunta. Cerró la boca hasta dibujar una línea tensa.

—No quiero discutir sobre el tema.

—Estupendo, pues no discutamos. Estoy limpiando los cristales, de modo que tú puedes volver a plantar mis rosales.

—No —insistió.

—¿No?

—Me quedaré aquí hasta que acabes con esta locura y bajes de ahí.

Suspiré con exageración. Mark estaba tratándome como si estuviera en la guardería y no como a una mujer perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

—Supongo que debería agradecer tu preocupación.

—No seas ridícula —dijo—. Por lo que a mí respecta, como si te partes el cuello por tonta, pero no quiero estar presente si eso sucede.

—Muy amable por tu parte —murmuré, incapaz de disimular el sarcasmo en mi tono de voz.

Su actitud me fastidiaba tanto como sus palabras, de modo que lo ignoré y seguí limpiando los cristales. Cuando quedé satisfecha del resultado obtenido con las dos ventanas más altas, bajé con cuidado los peldaños, simplemente para demostrarle que era capaz de ser cautelosa. Mark mantenía las manos en la escalera, sujetándola con fuerza.

—¿Continúas todavía ahí? —pregunté, aun sabiendo perfectamente que estaba allí.

Volvió a ignorar mi pregunta.

—No te pago para que estés ahí quieto mirando cómo trabajo —le recordé.

Entornó los ojos hasta convertirlos en dos pequeñas rendijas.

—De acuerdo, pues. Me voy.

No podía creerlo.

—No, tú no te vas.

En cuestión de segundos, se había alejado del porche y empezó a cruzar el jardín; la rabia enfatizaba cada uno de sus pasos.

Bajé de un salto los dos últimos peldaños y lo seguí. Normalmente, no pierdo los nervios, pero Mark estaba forzando mi paciencia hasta límites insospechados. Era una persona

demasiado independiente para que nadie, y mucho menos un hombre, dictara lo que podía y no podía hacer.

—No puedes irte —le dije—. Y, evidentemente, no puedes dejarme el jardín en este estado.

Mark actuaba como si no hubiese escuchado ni una sola palabra de lo que acababa de decirle. Empezó a recoger la horca y los demás utensilios que tenía esparcidos por el césped.

—Tenemos un contrato —le recordé.

—Pues demándame.

—Perfecto, lo haré... Lo primero que haré mañana por la mañana será decirle a mi abogado que se ponga en contacto contigo.

Aunque no tenía ningún abogado, confiaba en que la amenaza lo amedrentara lo bastante como para darse cuenta de que se estaba comportando como un idiota. Pero tenía que haberme lo imaginado; Mark ni siquiera pestañeó.

Rover me siguió y se quedó a mi lado. Lo de Mark era increíble. Después de tantos meses, estaba dispuesto a largarse por una bobada. No tenía ni pies ni cabeza.

Con la horca y la pala en una mano y la caja de herramientas en la otra, se dispuso a marcharse, pero de pronto pareció cambiar de idea, puesto que se giró bruscamente.

Di un paso al frente, agradecida de que hubiera recapacitado.

—Dale a tu abogado mi número de móvil.

—Sí, de acuerdo. La mitad de las veces no lo llevas encima y, cuando lo llevas, lo tienes sin batería.

—Lo que tú digas. Pues dale al abogado el teléfono de la oficina, ya que veo que tienes tantas ganas de demandarme.

—Lo haré.

Me quedé rígida al ver que Mark se marchaba de verdad. Miré a *Rover*, que ladeó la cabeza como si a él también le costara comprender lo que acababa de pasar y por qué. No era el único.

—No merece la pena angustiarse tanto por él —le aconsejé a mi perro, y entonces, temiendo que *Rover* echara a correr detrás de Mark, me agaché y le acaricié la cabeza—. De todos modos, con él todo dura diez veces más de lo que ha calculado.

—Y levantando la voz con la esperanza de que Mark me oyera, añadí—: Lárgate con viento fresco.

Me quedé en el jardín hasta que Mark se perdió de vista. Solo entonces, derrotada, me permití dejar caer los hombros.

Aquello era una locura. Hacía apenas una hora estábamos tomando tranquilamente café y té en el porche, y ahora acababa de amenazar con demandarlo. Y por cómo me sentía, se lo merecía.

Retomé la tarea de limpiar los cristales. Estaba tan histérica que los fregué y refregué hasta dejarlos con un brillo cegador. Acabé en un tiempo récord, los músculos de los antebrazos doloridos de tanto frotar. Durante medio segundo tuve la tentación de llamar a Mark para comunicarle que había sobrevivido a aquella peligrosa hazaña, pero me lo pensé mejor. Era él quien tenía que pedirme perdón por haberse pasado de la raya y haberme tratado como a una niña.

No pensaba disculparme. Pero lo conocía lo bastante para saber que podía llegar a ser tremendamente terco. Si había dicho que no tenía intención de volver, era lógico pensar que había hablado en serio.

Mi enfado se prolongó hasta entrada la tarde. No quería reconocerlo, pero la verdad era que lo echaría de menos. Me había acostumbrado a verlo con frecuencia, aunque fuera solo para tomar café. Siempre me ofrecía una opinión muy válida sobre mis galletas y otras meriendas. Nos sentíamos muy cómodos el uno con el otro. Era un amigo, simplemente, y valoraba mucho que pudiéramos ser solo eso: amigos.

En un intento por distraerme, vacié el agua sucia del cubo en el lavadero, aclaré la esponja y la puse a secar. Luego me dirigí a mi pequeña oficina.

El fin de semana llegaban clientes, lo cual era a la vez buena y mala noticia. El primer nombre que vi en la lista era el de la misteriosa Mary Smith. Había aceptado la reserva poco después de poner en marcha el hostel y lo recordaba muy bien. Cuando había hablado conmigo, Mary parecía insegura, dudosa, como si no tuviera muy claro si estaba haciendo lo correcto al reservar la habitación.

Tenía también la reserva de un grupo. La primera llamada había sido de Kent Shivers, que no parecía en absoluto emocionado ante la perspectiva de la celebración a bombo y platillo que su familia había decidido prepararle. Kent y su esposa, Julie, iban a celebrar sus bodas de oro y renovar sus votos. Posteriormente había recibido otras reservas, todas de familiares suyos. El sábado tenía reservadas siete de mis ocho habitaciones.

Pero solo uno de los huéspedes se quedaría hasta el domingo por la noche: Mary Smith. Al recordar sus dudas, me pregunté si acabaría cancelando la reserva en el último minuto, pero hasta el momento no había dicho nada. Su habitación estaba preparada.

No tenía muchas ganas de cenar, así que me conformé con unas patatas fritas con salsa, algo que en circunstancias normales jamás comería. Luego, como me sentía inquieta y no tenía nada que hacer, decidí preparar galletas de mantequilla de cacahuete, unas de mis favoritas. No fue hasta que las tuve enfriándose en la encimera que recordé que también eran unas de las favoritas de Mark.

Rover estaba acurrucado en la alfombra de delante de la nevera, uno de sus lugares preferidos. Se le veía feliz, pero yo seguía inquieta y no podía parar de andar de un lado a otro de la cocina, y luego de una habitación a otra. Cuando estuve en la zona de la casa que tenía reservada para mí, intenté tricotar un rato, pero empecé a cometer un error tras otro y al final guardé de nuevo la labor en la cesta. La televisión tampoco consiguió captar mi interés. Un libro que la noche anterior me había parecido fascinante se volvió de repente de lo más aburrido.

De verdad, ¿a quién se le ocurría ponerse hecho un basilisco por algo tan ridículo como limpiar los cristales encaramada en una escalera de mano? Se había mostrado maleducado, exigente y absolutamente irracional. Y eso no estaba dispuesta a tolerarlo. Ni de él, ni de nadie.

Pero me entristecía que la cosa hubiera acabado así.

Rover estaba ahora delante de la chimenea y levantó la cabeza un momento, para después descansar el mentón sobre las patas delanteras.

—Piensa por un instante en todo el dinero que me ahorraré en harina y azúcar —dije, en un débil intento de hacer una broma.

Pero sonó sin gracia alguna, ni siquiera para mí.

De acuerdo, estaba obligada a reconocerlo. Echaría de menos a Mark.

Capítulo 2

No dormí bien, lo cual no era de extrañar después del rífrate que había tenido con Mark. Me sentía mal por nuestro desencuentro, pero no podía permitir que ni él ni nadie me dictara lo que podía y no podía hacer en mi propia casa.

Si se mantenía firme y quería romper el contrato, adelante. La amenaza de una demanda no lo había amilanado en lo más mínimo. Lo mío había sido un arrebató y ahora me arrepentía de ello. Decidí que de momento lo dejaría todo tal y como estaba y esperaba a que la situación se enfriara un poco.

Sin huéspedes a los que preparar el desayuno, me tomé mi tiempo y disfruté del lujo de que nadie me pidiese nada a primera hora de la mañana, aunque sabía que Mary Smith llegaría poco antes de comer. *Rover* me siguió hasta la cocina y me preparé un café. Luego salí al porche y me apoyé en la columna con la taza mientras *Rover* correteaba por el césped y lo regaba mientras hacía sus necesidades. Cuando hubo terminado, subió las escaleras del porche con tantísima energía que no pude evitar sonreír.

El cielo estaba gris y encapotado; amenazaba lluvia. Confiaba en que el sol fundiera las nubes y acabara brillando. Saboreé el café y miré la parte del jardín que tenía la tierra levantada, allí donde tantas ganas tenía de ver los rosales en flor. Un sentimiento de frustración y de rabia se apoderó de mí, y suspiré.

Entré, le di de comer a *Rover* y, cuando estaba guardando de nuevo la comida en la despensa, oí que acababa de llegar un

coche. Miré el reloj y vi que todavía era pronto, apenas las siete y media. Acto seguido, se abrió la puerta lateral de la casa y escuché la voz de Hailey, que me llamaba.

—Estoy aquí —grité, y *Rover* corrió a recibirla.

Hailey Tremont era una alumna de último curso de educación superior que había contratado por recomendación de Grace Harding. Hailey venía dos veces por semana para ayudarme con las tareas domésticas y lo que hiciera falta.

Dobló la esquina del pasillo que daba acceso a la cocina.

—Buenos días —dijo, y se inclinó para acariciar a *Rover*.

Unas semanas atrás, Grace me preguntó si necesitaba ayuda. Por lo visto, la familia de Hailey tenía una propiedad cerca del rancho de Grace y su marido, en Olalla. Hailey quería labrarse un futuro profesional en el sector de la hostelería y necesitaba un trabajo a tiempo parcial. Trabajar conmigo le proporcionaría experiencia, y además conseguiría unos ahorrillos antes de empezar la universidad en otoño.

—Quería saber si me necesitarás el sábado o el domingo —dijo.

Sabía que su ceremonia de graduación estaba programada para ese fin de semana.

—¿Qué día es tu graduación?

—El domingo. Pero puedo trabajar si piensas que vas a necesitarme. —Bajó la vista—. Vendrán mis abuelos y mi tía Melanie, pero podría pasarme un rato.

Me iba bien que me ayudara el domingo, pero no quería pedirle que viniese a trabajar el día de su graduación.

—¿Por qué no vienes hoy y mañana al salir de clase? —Me quedé mirándola—. ¿Crees que te desbarataría los planes?

—No, sería perfecto. —Sus ojos se iluminaron cuando vio que tendría el domingo libre.

Me hubiera gustado tenerla más horas en el hostel, pero el negocio tan solo acababa de despegar.

—Estaré aquí por la tarde.

—Estupendo —dije.

Hailey miró el reloj.

—Tendría que ir tirando. La verdad es que es una tontería lo de ir a clase cuando hemos hecho ya todos los exámenes y nos han dado las notas. Creo que la mayoría seguimos yendo porque sabemos que son los últimos días que pasaremos juntos.

Recordé entonces el día de mi graduación. Parecía que hubiese pasado una eternidad. Me había distanciado de la mayoría de mis amistades del instituto, pero seguía todavía en contacto con mis dos mejores amigas. Diane se había ido a vivir a Texas, se había casado y tenía dos niños, y Katie vivía en el norte de Seattle. Katie también estaba casada y tenía tres niños. Seguíamos en contacto a través de Facebook y por correo electrónico, pero hacía mucho tiempo que no nos reuníamos las tres. Me prometí invitar a Katie a visitar Cedar Cove lo antes posible. Había visitado el hostel poco después de que yo lo comprara y le había gustado tanto como a mí.

—Pues entonces me marcho a clase, o a «no clase», mejor dicho —dijo Hailey, riendo—. Nos vemos luego por la tarde.

—Perfecto.

Saqué el cuenco que utilizaba para las mezclas y los ingredientes que necesitaba para preparar las magdalenas.

Acababa de abrir el libro y me disponía a empezar, cuando oí ruido fuera. Me detuve un momento, pero no salí enseguida a investigar. Tenía la clara sospecha de que se trataba de Mark.

Cuando asomé la cabeza por la ventana del recibidor, comprobé que no me había equivocado. Mark estaba fuera, observando el terreno que había preparado para plantar la rosaleda. Imaginé que se sentía tan mal como yo por el malentendido que habíamos tenido y que quería arreglar las cosas. Lo más probable era que se pusiera a trabajar e hiciera como si el día anterior no hubiese pasado nada.

No le exigiría disculpas, por mucho que creyese que me las debía. Aunque, la verdad, era posible que también se las debiese yo. Relajé la postura y dudé unos instantes. Hasta ese momento no me había dado cuenta de la tensión que me había provocado aquella riña, y me resistía a reconocer que me alegraba de verlo.

Decidí tomarme las cosas con calma. Esperaría unos minutos, le prepararía un café y le diría que tenía pensado preparar magdalenas. A ver cómo reaccionaba. Miré el reloj y, después de cinco minutos lentísimos, alcancé una taza, la llené de café y salí. Cuando llegué al primer peldaño, me detuve en seco.

Mark no estaba por ningún lado.

No tenía ni idea de adónde podía haber ido, pero entonces vi que la puerta del cobertizo en el que guardaba las herramientas estaba entreabierta. Bajé las escaleras, me dirigí hacia allí, abrí la puerta y encendí la luz. Mark no estaba. En aquel breve periodo de tiempo, apenas unos minutos, Mark había llegado y se había marchado, llevándose con él los pocos objetos que guardaba en mi casa.

Al parecer iba en serio cuando dijo que rompíamos nuestro contrato. Había tenido toda la noche para reflexionar sobre el tema. Si pensaba exactamente lo mismo a plena luz del día, significaba que no se arrepentía de nada. Pues estupendo, oye.

Oí que sonaba el teléfono y corrí a responderlo. Vacíé la taza de café en el césped antes de arriesgarme a que, con las prisas, se derramara por cualquier parte.

—¿Hostal Rose Harbor? —dije, confiando en que no se notaran mis jadeos.

—Buenos días —respondió una animada voz masculina.

—Buenos días —repliqué.

—Llamo para preguntar si tienen habitaciones libres a partir de mañana y hasta el fin de semana.

No necesitaba mirar el libro de reservas para dar la respuesta.

—Solo me queda una.

—Estupendo, pues ya puede reservármela. Acompañaré a Kent y Julie Shivers desde Portland. Me llamo Sutton, Oliver Sutton, y soy amigo de la familia de toda la vida. Vengo por la fiesta de su aniversario de bodas.

—Sí, sí, tengo su reserva justo aquí —dije, mirando el libro.

La familia Shivers iba a celebrar una reunión en Cedar Cove, y yo no entendía aún por qué aquella gente había decidido

desplazarse desde Oregon hasta nuestro tranquilo pueblo, pero imaginé que pronto lo averiguaría.

—¿Sería posible que la habitación de los señores Shivers estuviera en la planta baja? —preguntó Oliver—. Por las fotografías del hostel que he visto en Internet, supongo que debe de haber muchas escaleras.

—El hostel tiene habitaciones en las tres plantas. En la planta baja hay una.

Esa habitación era mi favorita, la más grande de todas, con un sofá de dos plazas y chimenea. Tenía una vista preciosa sobre la cala y, cuando estaba despejado, se veía a lo lejos la cordillera de las Olímpicas. Había días que estaban tan preciosas que no podía dejar de mirarlas.

—¿Está libre? —preguntó Oliver.

—Sí.

—Estupendo. Me temo que Kent ya no está para escaleras, por mucho que no quiera reconocerlo.

—Puedo cambiar una habitación por otra sin ningún problema, aunque hay una pequeña diferencia de precio —le comenté, pensando que era justo que lo supiera de antemano.

—No pasa nada. Cárguelo a mi cuenta, por favor.

—De acuerdo. ¿Y tiene usted alguna preferencia en lo referente a su habitación? —pregunté.

Vi que dudaba un momento.

—Supongo que Annie Newton también habrá reservado una habitación, ¿no?

—Sí, de hecho, sí.

Había mantenido un par de reuniones breves con Annie. Era la nieta de los Shivers, y gracias a ella sabía que la pareja iba a celebrar en el hostel su cincuenta aniversario de bodas. Annie vivía en Seattle, y se había pasado por aquí para conocer personalmente el hostel y llevar a cabo los preparativos para la reunión familiar. Se dedicaba profesionalmente a organizar eventos y se estaba encargando también de este.

—De ser posible, me gustaría una habitación que estuviese en la misma planta que la de Annie.

—Puedo arreglarlo, sí.

Tendría que cambiar a Mary Smith de habitación, pero no suponía ningún problema.

—Perfecto, pues. Nos vemos mañana. Llegaré con los Shivers hacia el mediodía.

Apunté los datos de la tarjeta de crédito y después me fijé en un detalle. Había anotado la reserva de Mary Smith el mismo día que había recibido la llamada de Kent Shivers. Y recordaba a la perfección ambas conversaciones, lo cual no era muy habitual.

A media mañana, el aroma de las magdalenas de zanahoria y piña inundó la cocina. Era una receta nueva y estaba ansiosa por probarla. La lista de ingredientes incluía nueces, pasas y semillas de lino, unos componentes que las convertían en un manjar de lo más sano, y si tenía que guiarme por el celestial aroma que salía del horno, estarían deliciosas. Luego, si me sobraba tiempo, pensaba hornear también unas galletas.

Hailey llegó hacia las dos y me encontró con el mostrador de la cocina lleno de hileras de galletas y con las magdalenas reposando en el horno.

—¿Por dónde quieres que empiece? —me preguntó, después de dejar la mochila en mi despacho.

Le pasé una lista detallada que había preparado antes. La leyó, me formuló un par de preguntas y se puso manos a la obra. Yo seguí con mis tareas en la cocina. Acabé de llenar el lavavajillas y, después de guardar las galletas en un recipiente hermético para reservarlas para la jornada de puertas abiertas, limpié todas las superficies.

Tenía pensado ofrecer las magdalenas en los desayunos del fin de semana. Pero la preparación de lo que iba a servir a lo largo de la jornada de puertas abiertas no había hecho más que empezar. Había abierto varios recetarios sobre la mesa, cuando oí que llegaba un coche.

Miré por la ventana y vi que el chofer salía del coche, rodeaba el vehículo y abría la puerta del lado del acompañante.

Apareció entonces una mujer que imaginé que sería Mary Smith, la típica mujer de negocios elegantemente vestida.

Me quité el delantal y, con *Rover* pisándome los talones, salí al pasillo para recibirla.

—Hola —dije—. Soy Jo Marie Rose. Bienvenida al hostel Rose Harbor.

—Muchas gracias —replicó la mujer, con un leve acento neoyorquino.

Reconocí de inmediato el traje de firma de primera calidad y me fijé en que le iba un poco grande. No fue hasta aquel momento que caí en la cuenta de que el pañuelo que llevaba en la cabeza era para disimular la pérdida de cabello. Mary Smith se había sometido recientemente a sesiones de quimioterapia. Tenía cáncer, y yo no tenía ni idea de cuáles serían los motivos que le habían llevado a viajar desde Nueva York hasta Cedar Cove para hospedarse en el hostel Rose Harbor.